

LAS MUJERES Y LA CIUDAD
EN LAS SOCIEDADES MEDITERRÁNEAS CLÁSICAS

CÁNDIDA MARTÍNEZ LÓPEZ
Universidad de Granada

«... más de una vez vimos como tomábais decisiones alocadas en los asuntos más graves. Y disimulando con una sonrisa nuestra zozobra os preguntábamos: ¿Qué habéis resuelto en la Asamblea en favor de la paz? Qué te importa —decía mi marido—. Cállate. Y yo callaba... Otra vez enterándome de una terrible determinación, le pregunté: ¿Por qué obráis así? Y él —mirándome de reojo— me contestó: Teje tu tela si no quieres que pronto te duela la cabeza. La guerra es cosa de hombres...».

«... a los siete años ya llevé mis ofrendas a la fiesta de Minerva. A los diez molía la cebada en honor de la diosa y, ceñida de flotante túnica azafrañada, me consagraron a los dioses. Por último, ya doncella núbil, fui canéfora y rodeé mi garganta con un collar de higos. Correspondiendo a tantas distinciones ¿no podré aconsejar a mi patria? Aunque mujer, permitidme que proponga un remedio para nuestros males, pues al darle mis hijos, también pago mi contribución al Estado...».

ARISTÓFANES, *Lisistrata*

1. CIUDAD Y GÉNERO. LA CONFIGURACIÓN DE LA CIUDAD MEDITERRÁNEA

Las ciudades mediterráneas clásicas constituyen uno de los centros de estudio más significativos de la historia de occidente, tanto por lo que se refiere a su nacimiento, al pensamiento político que las anima, a sus prácticas políticas, como por la articulación de dicho modelo en la propia planificación urbana. Pero si el advenimiento de la ciudad constituye un

acontecimiento histórico relevante por su delimitación política y espacial y por la reflexión consciente sobre la misma, en pocas ocasiones se ha considerado su concepción y organización desde la perspectiva de los dos sexos que la habitaban, desde la articulación de las relaciones de género.

El nacimiento de la ciudad comporta la formulación y plasmación urbana de patrones de género que, con diferentes expresiones según sociedades y épocas, no han sido revisados en toda la historia de occidente. De ahí el interés en profundizar como surgen, se teorizan y evolucionan dichos patrones en las ciudades mediterráneas clásicas.

La ciudad se expresa a través de unas instituciones y una ordenación de los espacios que implican no sólo un sistema político peculiar, sino también una concepción política que asigna a cada género una función precisa en la vida de la ciudad.

Para griegos y romanos en la vida humana hay dos ámbitos separados. Un dominio privado, familiar, doméstico: la *oikonomia*, y un dominio público, que implica todas las decisiones de interés común, todo lo que hace de la colectividad un grupo unido y solidario, una *polis* en sentido propio.

Esta concepción de la vida se refleja en el plano de las ciudades, en la propia articulación del espacio urbano. La plaza pública —ágora o foro—, se convierte en el centro de la ciudad, el lugar de las instituciones públicas, donde se expresa la colectividad y se debaten los problemas de interés común. Y este ordenamiento urbano refleja un sistema político que implica, en opinión de J.P. Vernant, una extraordinaria preeminencia de la palabra sobre otros instrumentos de poder. La palabra llega a ser la herramienta política por excelencia, de ahí que entre la política y el *logos* haya una estrecha relación, y que el arte político se convierta, en gran medida, en un ejercicio del lenguaje.¹ Por eso la plaza pública, el mejor escenario para la retórica, es el espacio común, el que expresa la idea de la ciudadanía, el que se opone, en definitiva, a las viviendas privadas.

Esta idea de la ciudad está expresada de forma magistral en las concepciones de Hipódamo cuando pretende racionalizar el espacio urbano en la reconstrucción de Mileto. En lugar de la ciudad arcaica, comparable a las medievales, con un dédalo de calles que descienden en desorden las pendientes de la colina, elige un espacio amplio, corta las calles en ángulo recto y crea una ciudad enteramente centrada sobre el

1. Ver VERNANT, J.P., *Los orígenes del pensamiento griego*, Buenos Aires 1973, pp. 38-53.

lugar del ágora.² De Hipódamo se dice que es el primer arquitecto urbanista del mundo griego, pero es en primer lugar un teórico político que concibe la urbanización del espacio como un elemento, entre otros, de la racionalización de las relaciones políticas.

¿Quiénes participan de ese centro?, ¿quiénes utilizan la palabra pública, intervienen en el debate y toman decisiones? Sólo los ciudadanos —los varones iguales entre sí—, aquellos que tienen la posibilidad y la capacidad de participar en asambleas, consejos, magistraturas o tribunales. Como dice Celia Amorós el ejercicio de los derechos de soberanía conlleva necesariamente la reunión: pueblo soberano en ejercicio y pueblo reunido viene a ser todo uno. Luego no nos puede extrañar que el genérico que se reúne tenga el poder y aquel cuyos miembros no se reúnen no lo tenga. La reunión produce efectos sintéticos entitativos (de reconocimiento de sujetos): la plaza pública, la compacta esfera bien redonda, la contundente plenitud.³

Las mujeres, sin embargo, aunque se les reconozca formalmente como ciudadanas, no se integran en la ciudad con las mismas funciones, capacidades y derechos que los varones. Precisamente uno de los elementos que define a las mujeres de la Antigüedad es la carencia de la palabra.

«El mejor adorno de la mujer es el silencio», decía Aristóteles en el libro I de *La Política*, y, siglos más tarde, la doctrina cristiana, en palabras de San Pablo, afirmaba:

«... que las mujeres callen en la congregación, y si quieren aprender algo pregunten en casa a sus maridos, porque es indecoroso que una mujer hable en la congregación».⁴

Y para reforzar ese silencio se crearon a lo largo del tiempo mitos, diosas y ritos del silencio.⁵ Recordemos, por ejemplo, a Tácita Muta, la

2. Sobre la perspectiva política de la planificación de Hipódamo ver BENÉVOLO, L., *Diseño de la ciudad. El arte y la ciudad antigua*, Barcelona 1983; KIDSON, P., «Arquitectura y planificación urbana», *El legado de Grecia*, pp. 348-407; VERNANT, J. P., *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*, Barcelona 1973, pp. 218-241.

3. AMORÓS, C., «Setas y hongos hobbesianos», *Mientras Tanto*, n° 48, p. 60.

4. San Pablo, 1Cor. 14, 34-35. Sobre los orígenes del silencio en la Antigüedad MARTÍNEZ LÓPEZ, C., «De Livia a feminae. Rompiendo el silencio de las mujeres en la Antigüedad», *Los Estudios de la Mujer. De la investigación a la docencia*, Madrid 1991, pp. 411-427.

5. Uno de esos mitos es el de que la mujer debe traslucir su exterior pero ocultar su ser propio. Esta idea permanece a lo largo de la historia, argumentada por filósofos y políticos. Recordemos, simplemente unas palabras de Ortega y Gasset, «Ante todos el alma femenina se cierra hacia adentro...reserva su intimidad para uno solo. La personalidad de

diosa romana,⁶ condenada al silencio por hacer un uso indebido de la palabra, por haber entrado en los espacios masculinos. El silencio, convertido en virtud femenina, ha marcado la historia de las mujeres mediterráneas, del sur y del norte. Assia Djebar, la escritora argelina, dice en una de sus obras

«... desde la infancia se enseña a la niña “el culto al silencio que es uno de los mayores poderes de la sociedad árabe”. Lo que un general francés “amigo de los árabes” llama “poder” nosotras lo sentimos como una segunda mutilación».⁷

La palabra, instrumento político por excelencia, elemento clave para pertenecer y participar de los espacios públicamente constituidos no se contaba entre los derechos de las mujeres, ni, por supuesto, su uso podía ser considerado en ellas una virtud.

Vidal Naquet, hace ya algunos años, definió la *polis* griega como un «club de hombres»⁸ fruto de una doble exclusión, la de las mujeres y la de los esclavos. En consecuencia el escenario político de la ciudad clásica se constituyó a partir de la negativa de considerar a las mujeres como sujetos políticos.

En esa construcción política la función fundamental de las mujeres como ciudadanas era crear ciudadanos, recrear el cuerpo cívico, en la doble función, sacralizada, de reproductoras de ciudadanos y transmisoras de los valores cívicos masculinos.⁹ Las mujeres, en calidad de ciudadanas, tenían como misión fundamental la reproducción de la ciudadanía. El embarazo, la crianza, el alimento y la fabricación del vestido, eran consideradas funciones ligadas a su naturaleza, y su desarrollo debía unirse al ámbito privado, cerrado, interior. Y su virtud en tal ejercicio era considerada fundamental para la felicidad de la ciudad.

«La licencia de las mujeres va también contra el propósito del régimen y la felicidad de la ciudad, pues de la misma manera que la casa se

la mujer es poco personal, o dicho de otra manera, la mujer es más bien un género que un individuo».

6. CANTERELLA, E., *Tacita Muta. La donna nella città antica*, Roma 1985.

7. DJEBAR, A., «Mirada prohibida, sonido sesgado», *Mientras Tanto*, nº 48, pp. 149-150.

8. VIDAL NAQUET, P., «Esclavitud y ginecocracia en la tradición, el mito y la utopía», *Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego*, Barcelona 1983.

9. Ver SANXONHOUSE, A.W., *Women in the History of political thought. Ancient Greece to Machiavelli*, Nueva York 1985.

compone del hombre y la mujer, es evidente que la ciudad debe considerarse dividida en dos partes aproximadamente iguales: los hombres y las mujeres; de modo que en todos aquellos regímenes en que la condición de la mujer es mala, habrá que considerar que la mitad de la población vive sin ley ...».¹⁰

Esta división de funciones ciudadanas explica que en algunas ciudades se pusiesen estelas funerarias sólo en dos casos, cuando los hombres morían en la guerra, y cuando las mujeres morían en el parto,¹¹ lo que pone de relieve el valor otorgado a los papeles sociales atribuidos a uno y otro sexo.

Se justifica así la polaridad exterior e interior teorizada en el pensamiento político clásico, presente en la normativa jurídica y plasmada en la propia estructura urbana. Dice Jenofonte:

«El cuidado de los hijos recién nacidos necesita una casa; la preparación de pan a base de granos necesita una casa, así como fabricar ropas a base de lana. Como ambas ocupaciones, las del exterior y las del interior, necesitan trabajo y atención, el dios, me parece a mí, hizo las cosas en consecuencia: la mujer para las ocupaciones del hogar y el hombre para las de fuera. Hizo que el cuerpo y el espíritu del hombre fuesen más capaces de vencer el frío, el calor, los viajes y el servicio militar. Le asignó, entonces las ocupaciones al aire libre. Y como dotó a la mujer, por naturaleza, con un cuerpo menos capaz de superar los rigores del frío, el calor, los viajes, el servicio militar, el dios le asignó el interior. Sabiendo que la había dotado por la naturaleza y habiéndole asignado el cuidado de los hijos recién nacidos, también le dio más amor que al hombre. Y puesto que también asignó a la mujer el cuidado de todo lo que entraba en la casa, y como comprendió que para guardarla no se perdía nada si el alma era tímida, el dios asignó mucha más timidez a la mujer que al hombre».¹²

En la polémica que se mantiene muchos siglos después, sobre todo en el siglo XIX y primer tercio del XX acerca del voto de las mujeres, se oyen los ecos de esta concepción clásica sobre la división de funciones según el género. Uno de los argumentos esgrimidos en contra del voto femenino será precisamente que la mujer dejará su función social fundamental, la reproducción y cohesión de la familia. Por ello el carácter de la ciudadanía de las mujeres se convierte en un punto fundamental de este

10. ARISTÓTELES, *La política*, II, 1269-1270.

11. Sobre las características particulares de las mujeres espartanas, ver, entre otros, KUNSTLER, B.L., *Women and the Development of the Spartan polis*, Nueva York 1983.

12. JENOFONTE, *Económico*, 7, 19-25.

debate,¹³ dado que únicamente los ciudadanos de plenos derechos pueden participar de los espacios donde se toman las decisiones colectivas,¹⁴ de la plaza pública.

Por ello vuelvo al principio. La privación de la palabra a las mujeres es una de las expresiones de su exclusión de la ciudad, de la ciudadanía. De ahí el comentario de Apiano ante una manifestación de mujeres en el foro romano:

«... los triunviros se irritaron de que unas mujeres, cuando los hombres permanecían en silencio, se atrevieran a hablar en la asamblea y a enjuiciar los actos de los magistrados ...».

¿Qué decían esas mujeres? Oigamos unos breves fragmentos del discurso pronunciado por una de ellas, Hortensia:

«... ¿Por qué hemos de pagar impuestos si no participamos en los cargos, honores, puestos militares, ni, en definitiva, en el gobierno por el cual lucháis entre vosotros con tan fatales resultados? ...».¹⁵

De las palabras de Hortensia llama la atención la conciencia de su marginación de los centros de decisión y de prestigio. Pero su voz, aunque representativa de muchas mujeres de su época, queda como testimonio poco menos que aislado.

Por ello frente a los ciudadanos, con la categoría de sujetos, iguales entre sí, las mujeres aparecen sin diferenciar individualmente, como idénticas.¹⁶ Por eso el lugar de las mujeres es Hestia, el fuego del hogar. Esa no individuación de las mujeres, esa referencia permanente al grupo familiar se pone de manifiesto en el propio nombre de las mujeres

13. Es significativo que Clara Campoamor, en su discurso en las Cortes Constituyentes de la República (1-10-1931) a favor del voto de las mujeres dijese: «Yo, señores diputados, me siento ciudadana antes que mujer, y considero que sería un profundo error político dejar a la mujer al margen de ese derecho...».

14. Sobre este tema, y con diversas perspectivas, ver, LOROUX, N., *Les enfants d'Athéna. Idées athéniennes sur la citoyenneté et la division des sexes*, Paris 1984; SARACENO, C., «La estructura de género de la ciudadanía», *Mujer y realidad social, II Congreso Mundial Vasco*, Bilbao 1988, pp. 123-141; RIOT-SARCEY, M., «La communauté des semblables ou la démocratie en oeuvre», *L'Homme en la Société*, 1989, n° 94, pp. 14-22; FRAISSE, G., *La musa de la razón. La democracia excluyente y la diferencia de sexos*, Madrid 1991.

15. APIANO, G.C., IV, 33. MARTÍNEZ LÓPEZ, C., «Las relaciones de género. Una nueva perspectiva para reinterpretar las sociedades antiguas» (en prensa).

16. AMORÓS, C., «Espacio de las iguales, espacio de las idénticas», *Arbor*, nov-dic. 1987.

romanas que carecían del *tria nomina* característico de los ciudadanos varones, usando feminizado sólo el nombre del grupo familiar.¹⁷ Las mujeres, en definitiva, no tenían representación pública individual, sino sólo familiar.

Las mujeres, sin pensar ni hacer valer su experiencia de lo vivido de forma colectiva, quedaron al margen de la ciudad como entidad política, al margen de los espacios del saber y del ocio.

Desde esa perspectiva lo importante para la ciudad era lo masculino, y la organización de los espacios y la suntuosidad de la arquitectura expresan esta jerarquización de género. La ciudad se manifiesta como tal en los edificios públicos del ágora y el foro, pero también en aquellos donde se cultiva el espíritu ciudadano —palestra, termas, gimnasio, etc.—, que constituyen los espacios de sociabilidad masculina por excelencia. Y es allí, en ese centro urbano, donde se invierte la mayor parte de la riqueza, donde se utilizan los materiales más nobles, donde se expresan los mejores artistas.

Frente a esta suntuosidad de los edificios públicos, las viviendas, el lugar adjudicado a las mujeres, teniendo presentes los matices propios de cada período y grupo social, son lugares secundarios desde el punto de vista político y, en gran medida, desde el punto de vista urbano. La identificación del ciudadano está con los edificios y lugares públicos, y menos con la vivienda, aunque haya que matizar según cada época histórica.

Si lo importante es lo masculino, ¿cómo se explica la frecuente representación de las mujeres en los relieves y pinturas de los edificios públicos?, y, más en concreto de las amazonas, que representan a las mujeres en el poder.

Ya he comentado que las mujeres estaban excluidas de cualquier centro de decisión: asambleas, senado, el campo de Marte, basílicas, etc.; pero también lo estaban de palestras o gimnasios, allí donde se formaba el cuerpo y la mente de los ciudadanos. Ya hemos dicho que la ciudad era un club de hombres.

Esta exclusión estaba, además, representada y reforzada en las ciudades a través de los mitos que identificaban la unión de las mujeres

17. Sobre el nombre romano de las mujeres, BONFANTE, G., «Il nome della donna nella Roma arcaica», *Rendic. Accad. Naz. Lincei*, 35 (1980), pp. 3-10; MENAGER, R.L., «Systèmes onomastiques, structures familiales et classes sociales dans le monde greco-romano», *Studia Doc. Hist. et Iuris*, 46 (1980), pp. 145-235; KAJANTO, I., «Women's praenomina reconsidered», *Arctos*, 7 (1972), pp. 13-36.

y el poder con el desorden. En la Antigüedad, y a lo largo de la Historia, uno de los temas recurrentes en la filosofía, el arte o la literatura ha sido el de la mujer transgresora,¹⁸ la que es capaz de destruir lo creado por los hombres cuando entra en la esfera pública. Esta inversión de los roles de género ha sido utilizada, a la contra, para criticar ciertas corrientes de pensamiento y afirmar la propia identidad.

En esta dinámica hay que entender el mito de las amazonas, mujeres violentas, situadas en un territorio donde no llegaba la cultura griega, donde no existía la ciudad, y donde primaba lo irracional frente al orden de la *polis*. Entre las amazonas la polaridad exterior-interior se invierte y el exterior pasa a ser femenino. Las mujeres van a la guerra, cazan y viven a la intemperie, mientras que los hombres permanecen en casa. Los griegos imaginaron el país de las amazonas como lo opuesto a la vida humana, culta y, sobre todo, masculina.¹⁹ La frecuente representación de las amazonas en los relieves y frisos de los edificios públicos revela la importancia dada a este mito, como un elemento más de reafirmación de la propia entidad ciudadana masculina.

En una línea similar las mujeres son el pretexto usado para desprestigiar y criticar ciertas corrientes políticas, al aparecer en algunas comedias como protagonistas y defensoras de éstas. Es el caso de la célebre obra de Aristófanes *La asamblea de las mujeres* que, colocando a las mujeres en el poder, pretende ironizar sobre algunas políticas utópicas entonces en boga.²⁰

En todos los casos el mensaje es claro, cuando las mujeres salen de sus espacios y adoptan papeles sociales que no son los suyos no tienen medida, son incontrolables y rompen la armonía creada o pactada. De ahí que los relatos que nos hablan de su participación en una actividad masculina por excelencia, la guerra, las sitúen siempre al margen de los cánones establecidos y pactados por los hombres, de las leyes de la guerra. Ellas siempre actúan con armas no convencionales, en tumulto e, incluso, arrojadas por la noche y la tormenta.²¹

18. En esta línea ver DAVIS, N. Z., «Women on Top», cap. 5 de *Society and Culture in Early Modern France*, California 1975, pp. 124-152.

19. Ver TYRRELL, W.B., *Las amazonas. Un estudio de los mitos atenienses*, México 1989.

20. MOSSE, C., *La mujer en la Grecia clásica*, Madrid 1990, pp. 134 ss.

21. Sobre los relatos de las mujeres y la guerra, LOROUX, N., «La cité, l'histoire, les femmes», *Pallas*, XXX (1985), pp. 7-40; MARTÍNEZ LÓPEZ, C., «Las mujeres en el proceso de romanización del sur peninsular», *Florentia Iliberritana* 1 (1991), pp. 245-255.

2. SACRALIZACIÓN DE LOS ESPACIOS CIUDADANOS EN FUNCIÓN DEL GÉNERO

Esta concepción política de los espacios y el género se formula también en la sacralización del espacio. Para griegos y romanos, que influyeron notablemente en el pensamiento religioso posterior, los espacios estaban sacralizados, y sus rituales, siempre precisos, estaban cargados de simbolismo. Por ello es significativa la existencia en el mundo griego, y luego transformados en el romano, de una pareja de dioses, Hestia y Hermes, que solían representarse unidos y que simbolizaban los espacios humanos. Ambos habitaban en las mansiones de los hombres, pero cada uno representaba un concepto de espacio ligado a su rol de género.²²

Hestia es la diosa que designa el hogar. Reside en el centro de la casa, donde guarda el fuego eterno, y es símbolo y prenda de estabilidad, de inmutabilidad, de permanencia. Su significación es transparente y su papel está claramente definido, reinar, siempre inmóvil, en el centro del espacio doméstico, por eso implica lo interior, lo cerrado, lo fijo, el repliegue del grupo humano sobre sí mismo. Uno de sus himnos la canta así:

«¡Hestia, reina, hija del poderoso Cronos, que guardas en medio de tu morada el magno fuego eterno, haz que los que se inician en tus misterios sean siempre fuertes, ricos, castos y alegres! ¡Tú que eres basamento inquebrantable de los dioses dichosos y de los mortales, eterna, la de mil formas, deseabilísima, la de cuerpo ágil, ven bienaventurada! Recibe favorablemente nuestros sacrificios, danos riquezas y la dulce salud».²³

Hermes, que también habita entre los mortales, lo hace, por el contrario, como mensajero, como un viajero permanente. Representa en el espacio y en el mundo humano, el movimiento, el paso, las transiciones. Su lugar está en la puerta de las casas, en la entrada de las ciudades, a lo largo de las vías indicando el camino. Allí donde los hombres, alejados de su mansión privada, se reúnen e intercambian ideas, como ocurre en el ágora, o donde entablan competiciones, como sucede en el estadio, allí está Hermes. Aparece pues como un personaje complejo que representa lo exterior, la apertura, la movilidad, el contacto con lo diferente. Hesíodo lo canta así:

22. Sobre la relación Hestia-Hermes, VERNAT, J.P., «Hestia-Hermes. Sobre la expresión religiosa del espacio y del movimiento en los griegos», *op. cit.*, pp. 135-182.

23. HESÍODO, *Himnos órficos: los perfumes. Perfume de Hestia*.

«Óyeme Hermes, mensajero de Zeus, hijo de Maya, que tienes un gran corazón, que presides en las disensiones; señor de los hombres, alegre, lleno de astucias, intermediario, matador de Argos, que tienes talones alados; amigo de los hombres, inspirador de la elocuencia, que te regocijas con las disensiones y las mentiras astutas; intérprete universal, que gustas del provecho, que disipas las inquietudes, que tienes en tus manos el signo inquebrantable de la paz; bienaventurado, utilísimo, el de espíritu cambiante, que vienes en ayuda de los hombres en sus trabajos y necesidades y que los proteges cuando hablan. Óyeme, da un dichoso fin a mi vida, los trabajos, la elocuencia y la memoria».²⁴

Esta pareja, Hestia y Hermes, expresa la tensión existente dentro de la representación del espacio y los géneros. «El espacio exige un centro, un punto fijo, de valor privilegiado, a partir del cual se puedan orientar y definir las direcciones por completo diferentes cualitativamente. Pero el espacio se representa al mismo tiempo como el lugar del movimiento, lo que implica una posibilidad de transición y de paso de cualquier punto a otro».²⁵

Esa misma concepción del espacio convierte a Hestia, y a Vesta, la diosa que posee unas características similares en Roma, en el centro fijo y permanente de la ciudad, en las diosas del hogar común.²⁶ Sus templos, redondos, se sitúan en el corazón de los espacios políticos y en ellos reside el permanente fuego sagrado de la ciudad, que en el caso de Vesta se acompaña de la casa de las vírgenes Vestales encargadas de su culto. Ellas garantizan la riqueza y la prosperidad de la ciudad; son el símbolo de la unidad de los ciudadanos.²⁷ El templo de Vesta era considerado como una de las tres garantías de la identidad y supervivencia de la ciudad, junto al templo de Júpiter Óptimo Máximo en el Capitolio y los escudos de los salios. Tal vez por ello el santuario de esta diosa fue el último templo pagano de Roma donde se celebró un culto público, siendo cerrado por Teodosio en el año 398 d.C.

24. HESÍODO, *Himnos órficos. Los perfumes. Hermes: el incienso*.

25. VERNANT, J.P., *op. cit.*, p. 139.

26. Sobre el simbolismo político del hogar común, GERNET, L., «Sobre el simbolismo político: el hogar común», *Antropología de la antigua Grecia*, Madrid 1981, pp. 333-351.

27. DETIENNE, M., «La cité et son autonomie. Autour d'Hestia», *Quaderni di Storia*, 22 (1985), pp. 59-78. Sobre Vesta y el colegio de las Vestales, WORSFOLD, T.C., *The History of the Vestal Virgins of Rome*, Londres 1932; BEARD, M., «The sexual status of Vestal Virgins», *J.R.S.* 1980, pp. 12-27; MARTÍNEZ LÓPEZ, C., «Virginidad-fecundidad. En torno al suplicio de las Vestales», *Studia Histórica VI* (1988), pp. 137-144.

Esta misión de ambas diosas se ve reforzada por su permanente virginidad, a la que se asimila, contradictoriamente, la prosperidad y bienestar de la ciudad. Recordemos también que los altares domésticos redondos estaban asimilados a una divinidad femenina, virgen, y que su culto era realizado por doncellas.

Esta polaridad entre hombre y mujer, y sus espacios, asume una función de complementariedad que es una de las constantes del pensamiento clásico y que ha tenido una enorme proyección en la historia posterior.

Estos discursos políticos y religiosos sobre los géneros han estado presentes y conformado, durante mucho tiempo, las concepciones políticas, las formas de vida en las ciudades, su planificación y la distribución de los espacios asignados a hombres y mujeres.

3. LAS MUJERES Y LOS ESPACIOS PÚBLICOS

Pero, llegadas a este punto, hemos de preguntarnos si las prácticas cotidianas de las mujeres reproducían, transgredían o transformaban esos presupuestos. ¿Acaso la exclusión de las mujeres de la ciudad, suponía su total ausencia de los espacios públicos?

Frente a los discursos de género de filósofos y políticos, frente al modelo creado de reclusión, hay una evidencia que, en principio, puede aparecer como contradictoria: las mujeres llenaron las calles de las ciudades realizando actividades relacionadas con el trabajo, la religión e, incluso, el ocio. En efecto, las mujeres reales han estado presentes en esos espacios, aunque no hayan desempeñado en ellos las funciones para los que, en principio, estaban concebidos.

Las mujeres irrumpieron en numerosas ocasiones en la plaza pública. Lo hacían en tumulto, con manifestaciones o algaradas para defender o reclamar asuntos que ellas consideraban de su estricta competencia. Por eso su entrada en los espacios públicos, ha estado casi siempre relacionada con una prolongación de su función de género, como reproductoras o en defensa de lo que consideraban sus competencias y privilegios.

La célebre matrona romana Hortensia, al frente de un numeroso grupo de mujeres, defendía en el foro esos derechos con estas palabras:

«... Pero si nosotras no os hemos votado a ninguno de vosotros enemigo público, ni derribado vuestra casa, ni destruido vuestro ejército, ni os hemos impedido que obtengáis cargos y honores. ¿Por qué participa-

mos en los castigos si no hemos participado en los crímenes? ¿Por qué hemos de pagar impuestos si no participamos en los cargos, honores, puestos militares ni, en una palabra, en el gobierno por el cual lucháis con tan funestos resultados? Decís: «Porque es tiempo de guerra». Y, ¿cuándo no ha habido guerras? ¿Cuándo han sido gravadas con impuestos las mujeres, cuyo sexo las coloca aparte de todos los hombres?».²⁸

Y aunque no participaban en los cargos, honores, ni en el gobierno, bien es cierto que las mujeres, al menos en ciertos períodos, se preocuparon por quienes gobernaban sus ciudades, haciendo llamamientos, como en el caso de Pompeya, a que se votara en los comicios de la ciudad a unos determinados candidatos.

Igualmente tenemos constancia de sus peticiones de paz para evitar la muerte de sus hijos y, por supuesto, los llamados motines de hambre que serán una constante a lo largo de la historia de las mujeres.

También la mayoría de las mujeres, las de las clases medias y bajas, ocupaban las calles, plazas y otros centros de las ciudades por razones de trabajo. En las ciudades clásicas mediterráneas hubo lugares frecuentados sobre todo por las mujeres que se convirtieron en espacios por excelencia de sociabilidad femenina.

Así las fuentes fueron uno de los lugares unido al colectivo de las mujeres.²⁹ La recogida del agua ha sido una de las tareas femeninas desde el comienzo de la vida urbana, y así se muestra en uno de los primeros frescos que reproducen una ciudad allá en el período micénico.³⁰ Hay que señalar el carácter colectivo de la actividad en torno al agua. La fuente significa en parte para las mujeres lo que la plaza pública para los hombres, un lugar de encuentro en el que intercambiar opiniones y noticias. Es un lugar público, pero mayoritariamente femenino y, por ello, ligado al trabajo.

Mientras que los varones tienen el ágora, el foro, el gimnasio o la palestra para relacionarse, la sociabilidad femenina, de forma mayoritaria, está relacionada con un trabajo exterior a su vivienda que supone, en la práctica, una prolongación del trabajo doméstico, pero que les permite el contacto con las demás mujeres de la ciudad, hablar y compartir las noticias y sentimientos.

28. APIANO, *Guerras civiles*, 4, 32, 4.

29. Ver LISSARRAGUE, F., «Una mirada ateniense», *Historia de las mujeres*, ed. por G. DUBY y M. PERROT, Madrid 1991, vol. I. Antigüedad, p. 222; WILLIAMS, D., «Women on Athenian Vases: Problems of Interpretation», CAMERON, A. AND KUHRT, A. (eds.), *Images of Women in Antiquity*, Londres 1983, pp. 92-106.

30. Fresco de Santorini. Museo Arqueológico Nacional de Atenas.

Algo parecido sucedía con el mercado, donde las mujeres regentaban sus puestos de verduras, aves, etc. como vendedoras de los productos del campo, que ellas mismas cultivaban, cuidaban y elaboraban.³¹ Esta práctica es una constante que se ha mantenido desde la Antigüedad a lo largo de la historia de las ciudades occidentales. Los mercados, con mujeres vendedoras, compradoras, llenos de esclavas, mujeres de las clases menos favorecidas y, en ocasiones de las clases altas, son un lugar de trabajo pero también de encuentro e información de las mujeres.

En estos ejemplos se pone de manifiesto la interacción entre vida pública y privada, y cómo lo «interno» invade materialmente lo externo en diversas circunstancias. Las mujeres ocupan los espacios centrales de la ciudad, la plaza, transgrediendo pero, al mismo tiempo, reproduciendo su papel de género, en una interacción que no es sino una constante en la vida cotidiana, y que pone en entredicho la división formal de espacios atribuidos a cada sexo en función de «su naturaleza».

Pero su presencia en la plaza pública no tiene significado para la ciudad, carece del valor político que tiene la de los varones. Su punto de referencia, siempre, es su casa, nunca el colectivo, nunca la plaza pública. Las mujeres se relacionan entre sí tangencial y esporádicamente: por contigüidad con la vecina, por coincidencia en el mercado. No constituyen un grupo, no tienen un proyecto común. De este modo una mujer es referente para otra mujer en menor medida en que lo es el varón hegemónico de su medio familiar. Mientras que para los varones existen un conjunto de rituales de iniciación a la vida cívica destinados a desmarcarlos y separarlos del mundo femenino en el que han estado inmersos en su primera infancia, para hacerlos partícipes de la vida de la ciudad, la verdaderamente importante, las mujeres permanecen fijas en ese mundo.

Y tal vez esa sea una de las respuestas a la pregunta que una y otra vez me hacen en mis clases o en otros auditorios cuando expongo estos temas: ¿por qué esas ricas y cultas mujeres romanas o del medievo no se sacudieron el dominio masculino? Los varones siempre han formado grupos, a través de juramentos, pactos, etc. más o menos estables o formalizados, y las mujeres, en palabras de Celia Amorós, agregados seriales. Y el poder, la plaza pública, siempre ha pertenecido a los grupos.

De lo dicho hasta aquí podríamos destacar que los espacios están definidos y valorados por la función de género que se les atribuye y no por el uso que de ellos hacen hombres y mujeres; que lo político marca

31. Puede observarse en algunos relieves de la ciudad romana de Ostia. Ver KAMPEN, N., *Image and Status: Roman Working Women in Ostia*, Berlín 1981.

lo que es importante, incluida la arquitectura, y por supuesto, que lo privado está articulado por lo público.

Será ya, en el mundo contemporáneo, con los movimientos feministas, cuando se comience a entrar en la plaza pública, o al menos a reivindicarlo e intentarlo. Pero los diversos modos como las mujeres han intentado o intentan entrar y estar en la plaza y las diversas alternativas dadas por los movimientos feministas forman ya parte de otro tema.